

Columna ¿Por qué Chile evalúa un nuevo cable hacia Asia?



Por Maily Calderón.
 Directora Magíster en Gestión
 TI y Telecomunicaciones e
 investigadora ITISB UNAB.

Chile aparece con frecuencia en rankings internacionales como uno de los países con internet fijo más rápido del mundo. Sin embargo, esa velocidad doméstica no refleja necesariamente cómo nos conectamos con otros continentes: gran parte del tráfico de América Latina hacia Asia viaja primero hacia Estados Unidos y desde allí se redistribuye. En otras palabras, seguimos dependiendo de hubs digitales externos. Aquí radica la importancia estratégica de proyectos como el cable Humboldt, que busca conectar Sudamérica con Asia a través de Australia (cuya entrada en operación se proyecta hacia 2026-2027), y de iniciativas alternativas como el denominado cable Chile-China Express, que propone una conexión directa con Hong Kong.

Más allá de aumentar la capacidad de transmisión, estas infraestructuras permiten reducir la latencia, es decir, el tiempo que tarda la información en viajar entre dos puntos. Incluso milisegundos pueden ser relevantes para sectores como la computación en la nube, la inteligencia artificial o los servicios financieros digitales. Además, en el diseño de redes globales, la redun-

dancia (es decir, contar con rutas alternativas, similar a tener varios puentes para cruzar un río) es esencial. Los cables submarinos pueden fallar por anclas de barcos, pesca de arrastre o eventos geológicos. Por eso, los principales hubs digitales del mundo (como Estados Unidos, Japón o Singapur) cuentan con múltiples rutas de conexión. Más cables no solo significa mayor capacidad, sino también mayor resiliencia y menor dependencia de una sola infraestructura.

En este contexto aparece también una dimensión geopolítica. Gran parte del tráfico de datos global históricamente ha pasado por infraestructura ubicada o gestionada desde Estados Unidos o Europa. Cuando surgen nuevas rutas directas (por ejemplo, entre América Latina y Asia) cambia el mapa por donde circula la información del mundo. Esto ha generado cierta preocupación en Estados Unidos, que teme perder influencia sobre parte de esas rutas digitales, especialmente cuando en los proyectos participan empresas vinculadas al ecosistema tecnológico chino. Para entenderlo de forma simple: así como en el pasado el control de rutas marítimas era clave

para el comercio internacional, hoy las rutas por donde viajan los datos también tienen valor estratégico. No se trata necesariamente de quién “posee” la información, sino de quién construye, opera o participa en la infraestructura por la que circula gran parte de la economía digital global.

Para Chile, fortalecer su conectividad con Asia no es simplemente mejorar la velocidad de internet. Es una oportunidad para posicionarse como puerta digital del Pacífico Sur, atraer centros de datos, reducir dependencias tecnológicas y participar con mayor protagonismo en la geografía digital del siglo XXI. Para un país que aspira a posicionarse como hub digital del Pacífico Sur, la conectividad internacional debe ser tratada como infraestructura estratégica de largo plazo. Ello exige una visión de Estado capaz de evaluar con criterios técnicos, económicos y de resiliencia digital las distintas alternativas disponibles.

Porque, en el fondo, cablear un océano no es solo tender fibra óptica bajo el agua para mejorar la velocidad. Es conectar un país con el futuro de la economía digital.